



D.^o IGNACIO COMONFORT.

Tomó posesion de la presidencia el 11 de Dize de 1855 por decreto del presidente Alvarez y electo presidente constitucional prestó juramento en 1.^o de Dic.^o de 1857, terminando su administracion el 21 de Enero del siguiente año.

Véase Miraguá y hijos.

Ignacio Comonfort

D. IGNACIO COMONFORT.

ENCIDAS las dificultades que trajo la vacilacion del general Alvarez, para entregar el Poder al Sr. Comonfort, á quien él mismo nombró Presidente sustituto, tomó este caudillo de la libertad posesion de la Presidencia el 11 de Diciembre de 1855. Juzgado por sus antecedentes, por los numerosos servicios que prestó á la revolucion y por la confianza que inspiró á la sociedad, concibieron los ciudadanos las más lisonjeras esperanzas. Subia Comonfort á la Presidencia, no en el momento favorable de la victoria, sino cuando ya habia pasado el entusiasmo que ella causa; cuando se habia dividido el partido triunfante y habia que luchar á brazo partido con la reaccion, y en circunstancias en que como caudillo habia perdido mucho del prestigio que le rodeara. Antes de esta época no ofrece grande interes la vida de Comonfort, aunque no era extraño á la política, deslizándose tranquila en el seno de la familia donde ejercia los rasgos de nobleza y de virtud doméstica que le caracterizaban. Nació en la ciudad de Puebla el 12 de Marzo de 1812, siendo sus padres el teniente coronel D. Mariano Comonfort y Doña María Guadalupe de los Rios; á los catorce años comenzó á estudiar en el colegio Carolino, de la misma ciudad, bajo la direccion de los padres jesuitas. Apenas tenia veinte años, en 1832, tomó parte en el pronunciamiento que contra el general Bustamante acaudilló Santa-Anna, y se encontró en la famosa accion de San Agustin del Palmar y en la toma de Puebla; en el sitio de México ya era capitán de caballería, con cuyo empleo se batió en Tacubaya, Casas-Blancas, Zumpango, San Lorenzo y Posadas, dando pruebas indudables de sus talentos militares, su arrojo y sangre fria, hasta que los convenios de Zavaleta pusieron fin á la revolucion, y fué nombrado comandante militar de Matamoros Izúcar, en cuyo Distrito tenia bienes de familia.

Despues, cuando el general Arista, pronunciado por «Religion y Fueros,» puso sitio á Puebla con muy superiores fuerzas, defendió uno de los puntos más espuestos, y rechazado el gefe reaccionario se retiró Comonfort á su empleo de comandante militar. En 1834 volvió á defender el último baluarte que habia quedado á la libertad en Puebla, sitiada por el general Victoria de orden de Santa-Anna. Al sucumbir allí el partido de la libertad retiróse Comonfort al seno de su familia, en donde permaneció cuatro años hasta que fué nombrado prefecto y comandante militar del distrito de Tlapa, puesto en que llevó á cabo muchas mejoras materiales, no obstante los frecuentes combates que se

vió obligado á sostener con los revoltosos indígenas del Sur que continuamente inquietaban la jurisdicción de su mando; uno de los más notables fué el del curato de Atlitac, donde con veinticuatro soldados, casi sin parque, sostuvo el sitio que le pusieron dos mil indígenas sublevados que querían asesinarle; á los cinco días, careciendo completamente de víveres, se vió obligado á romper el sitio, y apoyado en un pequeño refuerzo que se le enviaba hizo una salida y logró dispersar y derrotar á sus enemigos. Fué diputado en los Congresos de 1842 y 1846, disueltos, el uno por el general Santa-Anna y el otro por el de igual clase Paredes, y habiendo cooperado á la revolucion que trajo el régimen constitucional, fué electo alcalde 3º del Ayuntamiento en la capital y prefecto de la parte Oeste del Estado de México, hasta la invasion norte-americana, en cuya lucha se portó con denuedo y decision, ocupando el peligroso empleo de ayudante del general en jefe, y formó parte del Congreso reunido en Querétaro. En el siguiente año, 1848, fué electo senador, y luego visitador y administrador de la aduana de Acapulco, empleo que dejó para ocupar la curul de diputado; volvió á la aduana de Acapulco como administrador, de donde fué separado por tiránica é injusta disposicion de Su Alteza, achacándole defectos que no tenia, pues era leal y honrado.

Su amor á la libertad volvió á lanzarlo al combate en que resaltaron sus cualidades y sus virtudes, y el cesarismo encontró en Comonfort el más terrible de sus enemigos, haciendo fracasar las mejores combinaciones de la Dictadura. De acuerdo con D. Juan Alvarez y otras personas de influencia en el Sur, proclamó la revolucion por medio del Plan de Ayutla reformado en Acapulco, donde le aclamaron jefe las tropas y la marina; allí detuvo las fuerzas que condujo Santa-Anna; dirigió proclamas é impulsó la revolucion de cuantas maneras le fué posible, haciendo un viaje á los Estados-Unidos con objeto de buscar recursos. A su regreso organiza la revolucion y se embarca en Acapulco para ir al centro de la República, despues de haber impedido el derramamiento de sangre, salvando de la muerte á Zuloaga y otra porcion de gefes prisioneros. Habiendo pasado al Sur una comision de los caudillos de Michoacan, para solicitar del general Alvarez un jefe de valor, capacidad y prudencia, que se pusiera al frente de la revolucion en ese Departamento, fué designado el jefe Villareal, pero impidiéndole partir el estado que guardaba su salud, suplicó Comonfort al general Alvarez que le enviara al centro de la República; mas siendo Comonfort su consejero, le fué preciso mucha firmeza é inteligencia para lograr que se le nombrara general en jefe del ejército del interior. Embarcado en Acapulco en compañía de Zuloaga y de una parte de la brigada que con él capituló, arribó á Zihuatanejo y emprendió su marcha por la costa y el Sur de Michoacan, hasta llegar á Ario donde estableció su cuartel general; desde ese momento la revolucion tomó nueva vida, fueron refrenados muchos malvados que invocando á la libertad saqueaban pueblos y haciendas y ejercian espantosas depredaciones, violencias y asesinatos. Expidió una circular prohibiendo los desmanes de que se quejaban los pueblos y estableció reglas para la esaccion de los artículos indispensables á la subsistencia de las tropas, amenazando con nuevos castigos á los infractores; exhortó á los pueblos de Michoacan á que hicieran el último esfuerzo por el triunfo de la libertad, ya próximo, y se manifestó decidido campeón de las propiedades y del bien público.

Su presencia en Michoacan determinó la marcha de Santa-Anna para hacer esa campaña, y tan luego como el Dictador regresó á México se dirigió Comonfort á Jalisco, en Zapotlan derrotó al general D. Plutarco Cabrera, entró á Colima, por medio de un convenio, y en marcha para Guadalajara supo en Acatlan el 20 de Agosto, que Santa-Anna

habia abandonado el Poder. En Guadalajara, donde fué recibido con entusiasmo, dictó las disposiciones convenientes para que la revolucion marchara á su fin y rehusó reconcocer al gobierno del general Carrera, usando palabras que tenían el acento de profunda conviccion; en una circular dada el 28 de Agosto declaró que el general en jefe de la revolucion no era otro que el general D. Juan Alvarez; dejó á Guadalajara el 8 de Setiembre y pasó á Lagos para tener una conferencia con los Sres. Haro y Tamariz y Doblado, caudillos de otros movimientos políticos, quienes aceptaron el Plan de Ayutla con la condicion de que subsistiera el ejército con reformas. Todo el tránsito de Comonfort hasta Lagos y de allí á Cuernavaca fué una série de ovaciones, dándole el pueblo muestras inequívocas de cariño; en Tlalnepantla tuvo una conferencia con los Sres. D. Luis de la Rosa y D. Ezequiel Montes, de allí pasó á Tlalpam y luego á Cuernavaca, donde asistió á la eleccion del general Alvarez para Presidente de la República, obteniendo Comonfort algunos votos. Fué nombrado por Alvarez general en jefe y ministro de la Guerra; en este puesto, sus ideas, ménos exaltadas que las de sus colegas, trajeron la division y el retardo de los negocios, hasta que el general Alvarez le nombró sustituto suyo, porque los pronunciamientos que á mano armada aparecieron en favor de Comonfort amenazaban establecer la anarquía en México, y tomó la Presidencia el 11 de Diciembre.

Sin embargo del carácter temporizador del Presidente sustituto, comprendió que le era forzoso sostener las principales disposiciones dictadas por el general Alvarez y que debia ser consecuente con el espíritu de la revolucion que él mismo habia acaudillado; por eso tuvo que luchar sin descanso encontrándose frente á frente con una fuerte oposicion. A los dos dias nombró Ministerio llamando para componerlo á los Sres. D. Luis de la Rosa, para Relaciones exteriores; D. Ezequiel Montes para Justicia, Negocios Eclesiásticos é Instruccion Pública; á D. Manuel Siliceo, para Fomento; encomendó al Sr. Lafragua el Interior; el difícil ramo de Hacienda al Sr. D. Manuel Payno y lo relativo á la Guerra quedó encargado al general D. José María Yañez, quien por estar ausente no prestó desde luego el respectivo juramento; puestos de acuerdo los ministros en la marcha que debia seguir la administracion, redactaron un programa, aceptado por Comonfort, desarrollando los principios democráticos proclamados en el Plan de Ayutla. La Nacion recibió bien el primer paso dado por el Presidente, pues los antecedentes de los ministros eran una garantía de que iba á reinar la libertad, á restaurarse el orden y la moralidad en la administracion que se proponia el desarrollo de la reforma ilustrada y democrática; inteligentes, honrados y laboriosos llevaron al Poder la sávia de su actividad y la buena fé de sus intenciones. D. Luis de la Rosa era reconocido por eminente hombre de Estado, habia conducido prudentemente la administracion en 1848, y tenia ideas progresistas y prácticas en política y administracion; sabíase bien de él, que enemigo constante de la tiranía no podria aceptar las persecuciones y las venganzas; economista, diplomático y dotado de notables conocimientos científicos, llevó al gobierno, con la ilustracion y las ciencias, las ideas liberales; él fué quien inició la política que era conveniente seguir con las naciones extranjeras: queria amistad franca, buena fé en el cumplimiento de los compromisos internacionales, y exclusion absoluta de toda intervencion extranjera en nuestros asuntos. El Sr. Montes, jurisconsulto notable y hombre de extraordinaria memoria, era nuevo en la política, la enseñanza pública le debia algunos servicios y poseia convicciones liberales. El Sr. Siliceo, tambien nuevo en el Poder, dotado de las luces necesarias para promover toda clase de mejoras materiales, era amante del progreso y como tal se debia

esperar que desarrollara todos los elementos de riqueza y de prosperidad que atesora México. Ya el Sr. Lafragua era bien conocido por haber despachado en el ministerio del Interior, haciéndose notar por la ley de imprenta que expidió, cuyas tendencias liberales decían claramente cuáles eran sus opiniones; al Sr. Payno, que tomaba la muy difícil tarea de dirigir la Hacienda, le habían dado á conocer algunos trabajos bastante útiles, como la liquidación de la deuda interior y la organización del crédito público; y finalmente, el Sr. Yañez gozaba bastante prestigio militar por haber defendido el territorio nacional, y mostrándose magnánimo en la victoria y digno en la desgracia.

El programa del Ministerio se oponía á toda desmembración del territorio nacional, se proponía evitar la guerra civil usando de conciliación y prudencia, y apelar tan sólo en último extremo á la fuerza física. Facilitar y expedir la reunión del Congreso Constituyente, dando lo más pronto posible un Estatuto Orgánico que regiría hasta que fuera restablecido el orden constitucional, era una de las primeras ofertas del Ministerio; prometía también una ley sobre garantías individuales, otra sobre imprenta, organizar la policía para la seguridad y la guardia nacional dejando en libertad á los ciudadanos para inscribirse; la construcción de penitenciarías, la libertad é independencia de los municipios, la abolición de contribuciones y monopolios, y prohibir á los Ayuntamientos que intervinieran en asuntos políticos; halagaba al pueblo ofreciéndole la supresión de costas judiciales y la mejora de cárceles, y se reservaba el gobierno externar sus opiniones en los asuntos eclesiásticos que tanta circunspección y detenimiento demandaban; un nuevo arancel, donde se conciliaran la libertad y franquicias del comercio con la protección debida á la industria nacional, así como un presupuesto ordenado y moralizado para los gastos de la Nación, constituyeron otras promesas, que con la de dejar adquirir bienes nacionales á los extranjeros, reformar la Ordenanza de Minería y arreglar convenientemente las exposiciones públicas, completaban el magnífico cuadro de la administración que iba á conducir á la República por una nueva vía.

Las más halagüeñas esperanzas infundió ese Ministerio que ofrecía realizar las promesas de la revolución, y también reanimáronse los espíritus por haber sido derrotados los filibusteros en la Baja-California. Pero no bien aparecían en el horizonte de la política los brillantes arborescencias de una feliz aurora, cuando se presentaron las primeras nubes que auguraban un día borrascoso á la Reforma, y anunciaron cambios en el ser de México. Al siguiente día de haber tomado Comonfort posesión de la Presidencia, se verificaba en Puebla el primer motín, en la larga serie de otros muchos que tantos males iban á causar. En aquella ciudad se dijo que el obispo iba á ser desterrado, y poco después de la oración, el día 12, se oyó el toque de arrebato en la Catedral y algunos individuos de la clase pobre trataron de sorprender los cuarteles, uniéndose á los dragones que se desprendieron de Amozoc, pertenecientes á la brigada del general Güitán; pero rechazados se hicieron fuertes en los alrededores del palacio episcopal, y en la mañana del 13 fueron disueltos, regresando á Amozoc las fuerzas de Güitán, que siguieron rumbo á Zacapoaxtla, cuyos habitantes unidos á los de Tatlauqui y Tetzela se habían rebelado contra el gobierno proclamando las Bases Orgánicas, con pretexto de la ley de justicia que dió el Sr. Juárez desautorizando á medias á los sacerdotes y á los militares. Güitán estaba comisionado para reducir al orden á los indígenas de Zacapoaxtla, y en vez de cumplir su comisión se reunió al cura párroco D. Francisco Ortega y García y se pronunció contra el gobierno secundándole el jefe Olloqui. El

obispo de Puebla, Sr. Labastida, publicó una carta aparentando que guardaba armonía con el gobierno; exhortó á los pueblos de la Sierra de Zacapoaxtla á que depusieran las armas y volvieran á sus ocupaciones ordinarias, en tanto que la prensa reaccionaria combatía al gobierno con energía, haciéndose notar por la vehemencia de sus escritos «La Sociedad,» el «Universal,» y también la «Cruz.»

Los desórdenes de la Sierra de Zacapoaxtla obligaron al gobierno á buscar recursos en una Junta de capitalistas reunida en el ministerio de Hacienda: en ella fueron colectados cien mil pesos que se ofreció quedarían pagados con lo que produjera la venta de los vapores que habían sido enviados á Inglaterra. Las primeras fuerzas que marcharon sobre Zacapoaxtla iban al mando del general La Llave, acompañado del coronel Arteaga y teniente coronel Calderón; pero defecionaron las tropas contaminadas por los sublevados, y habiéndose unido á ellos el coronel Osollos, tomó el mando de la infantería y entró á Teziutlán, mientras que las caballerías, mandadas por el general Güitán, recorrieron los Llanos de Apam. También en Oaxaca tres sacerdotes y un capitán español levantaron á varios individuos del pueblo, pidieron que subsistieran los fueros eclesiástico y militar y fué llamado al gobierno el general D. J. M. García, quien aceptó el pronunciamiento y concluyó una transacción con el general Mejía, jefe de la guardia nacional; pero no admitiéndola los sublevados, se derramó mucha sangre combatiendo. En Zacatecas fué descubierta una conspiración en la que estaban comprendidos los frailes Bizcarra y Tovalina. Cerca de Celaya desconoció Pedro Avila al gobierno de Comonfort; también en Tepic acaudilló la sublevación el capitán de navío D. José M. Espino, y el jefe Uruga, que ya libre proclamó en Sierra-Gorda las Bases Orgánicas, se dirigía desde Toliman á todos los que mandaban tropas para que le secundaran, y ofreció que ayudaría á la formación del nuevo Estado de Iturbide; mas recibió negativas. La actitud de Uruga en Toliman decidió la marcha de una brigada á batirlo, mandada por el general Ghilardi, al cual se sometieron los sublevados de aquel rumbo, procediendo de muy diversa manera que los de Zacapoaxtla. Otro motín que apareció en Oaxaca contra el gobernador Juárez también fué reprimido.

Las grandes dificultades para que se reuniera el Congreso Constituyente en Dolores, hicieron que Comonfort derogara el artículo de la Convocatoria que así lo disponía y que el Constituyente se instalara en la capital de la República, donde se levantaban batallones de guardia nacional y Comonfort desplegaba grande actividad; dió un manifiesto sosteniendo los principios de la revolución é invitó á sus conciudadanos á que se unieran, á la vez que expedía un reglamento provisional sobre libertad de imprenta, suprimiendo la fiscalización y la previa censura, y puso un freno á los que abusaban de la prensa por medio del anónimo; no pudiendo establecer aún la independencia entre la Iglesia y el Estado, pidió al clero, por medio del ministro Lafragua, que se hicieran rogativas por el acierto de los gobernantes. Continuamente se esparcían alarmas en Puebla, donde las pasiones estaban en grande efervescencia, y para calmarla consideró conveniente Comonfort enviar allá al general Traconis. La defección del teniente coronel Miguel Miramón, quien se unió á los revoltosos con las fuerzas que iban á batirlos, sorprendiendo al coronel Benavides y obligando á los demás jefes á que huyeran, dió un grande impulso á la reacción y confiando aún Comonfort en el ejército, hizo salir sobre los sublevados al general D. Severo del Castillo, con una brigada de mil doscientos soldados, pues este jefe nunca había cometido defección alguna, y ahora acababa de dar su palabra de fidelidad al gobernante que en él ponía su confianza. Sin embargo, le